

»No te propongo ejércitos ni miedo,  
Indigno del valor de tus acciones;  
Tu mismo bien representarte puedo,  
Armado de consejos y razones.  
No quiero que con armas y denuedo  
En Nápoles coloques tus pendones:  
Habrás vencido con benigno Marte,  
Y bien, ¿cómo pretendes conservarte?

»Los altos y atrevidos pensamientos  
No es justo que se alienten y se midan  
Con fines engañados y violentos,  
Que el bien seguro al despertar impidan.  
Yo vengo en que consigas tus intentos  
Cualquier suceso que a la suerte pidan;  
¿No ves que con la envidia de la empresa  
Serás de todos combatida presa?

»Conténtate con ver que tus aceros  
Encierran, no contentos ni seguros,  
A tantos belicosos caballeros  
En esa estrecha cárcel de los muros.  
Vencer será imposible sus guerreros  
Con fuertes brazos, con encuentros duros;  
Volverte puedes, y en la empresa baste  
Por premio la victoria que intentaste.

»Tu gente vuelva alegre y vencedora  
A ver del Ebro los cristales fríos,  
Que ausencia tanta en sus corrientes llora  
Moncayo en fuentes que convierte en ríos.  
Si no producen por tu bien agora  
Alegre fruto los consejos míos,  
Tu vida el cielo favorable guarde,  
Del justo mal de arrepentirse tarde.»

«Detente, mensajero, le replica  
Severo Alfonso con airado gesto,  
Que tu fingido engaño multiplica  
En mi furor agravio en lo propuesto;  
Y si al castigo ilícito se aplica  
Mi justo enojo, con razón dispuesto,  
Perdone aquí la natural licencia,  
La astucia al uno, al otro la insolencia.

»Decid al Milanés que le prometo  
En viendo aquestos muros derribados,  
Batir los suyos con mayor aprieto  
Que lloran hoy los miseros cercados.  
Verá el Lombardo con siniestro efeto  
Sus mieses y sus campos abrasados,  
Del fuego mas que en los estivos soles,  
De brazos y caballos españoles.

»Ni temo que á su ruego se disponen  
Del Alpe frío las naciones vastas,  
Ni ver que á resistirme se amontonan  
Ferradas parvas de empulidas astas.  
Ni que envidiosos principes se oponen  
Hiriendo Apolo sus lucientes pastas,  
En que grabando el oro en los arneses,  
Se esmeran los buriles milaneses.

»Que mi constancia hará que á su despecho  
Italia á mi coyunda se aperciba,  
Sin que el rebelde en su paterno techo  
Seguro dueño de mi espada viva,  
Y no quedando alegre y satisfecho  
De ver rendida la ambición altiva,  
Del suelo que ilustró el nieto de Anquises,  
Al Rey veré de las sagradas lises.

»Agradeced el fuero que os defiende,  
El no llevar castigo por respuesta;  
Volved al dueño vuestro, que pretende  
Mostrar valor á la fortuna opuesta,  
Y antes que á febo los cabellos vende  
Del mudo sueño la opresión molesta,  
Formar veréis segundos horizontes,  
Temblar los muros y tronar los montes.

Dijo, y apenas de la regia tienda  
Ligeros salen con medrosas alas,  
Cuando el asalto manda que se emprenda  
Con infinito numero de escalas.  
Primero quiere que su muro ofenda  
Horrenda carga de encendidas balas,  
Que el bronce arroja, y deja el aire ciego  
Confusa exhalacion de ardiente fuego.

Levaron sus tendales las galeras,  
Y al aire entregan rojos gallardetes;  
Baten el mar iguales y ligeras,  
La chusma coronada de bonetes.  
Las naves al virar, las cebaderas  
Largan con la de gavia y los trinquetes,  
Topando el viento en medio del camino  
Montañas blancas de cambiante lino.

Las unas sus cañones de cruzia  
Al muro asestan y sus piedras muelen;  
Las otras plomo arrojan á porfia  
De un hordo y otro como al viento vuelen.  
La tierra con el agua competa,  
Y el Duque teme que su muro asuelen,  
Sintiendo en mengua del incendio griego,  
Las piedras rayos, y los aires fuego.

A todas partes diligente acude,  
Y es fuerza que socorra á cada parte,  
Porque el furor indómito no mude  
Su esfuerzo al pecho y el reparo al arte.  
Cualquier recelo de temor sacude,  
Y aliento en todos por igual reparte,  
Movidos del ejemplo y la constancia  
De aquel intruso principe de Francia.

«¿Qué hacemos, Paradino, le pregunta  
Reiner, entre paredes tan estrechas,  
Que el hierro vil que á su flaqueza apunta  
Las tiene comprimidas y deshechas?  
Sus puertas abre, tus guerreros junta,  
Y espesas nubes de volantes flechas  
El aire rompan leves y emplumadas,  
Siguiendo su destrozo las espadas.»

»Mejor será que á desatar te inclines  
Al libre viento tus banderas blancas,  
Y para conseguir dichosos fines,  
El campo cubran las insignias francas;  
Y al son de las trompetas y clarines,  
Besando el suelo las cubiertas ancas,  
Furiosos partan, y revuelvan blandos  
Cursieres alemanes y normandos.

»En la campaña, si cualquier robusto  
Muestra el valor y no cercado y preso,  
Y si al común estrepito me ajusto,  
Forzado y triste mi dolor confieso.  
Bien sé que á tu despecho y tu disgusto  
Prudente sufres tan culpable exceso;  
Sus miedos deja, y animosos vamos,  
Que entrambos solos á vencer bastamos.»

«Tu espada sola, capitán famoso,  
Responde Anjous, á conquistar bastara  
Cuanto del sol el curso presuroso  
Alumbra y ciñe con luciente cara.  
Y no con menos ánimo orgulloso  
Los filos acerados desnudara,  
No solo donde al español estorbe,  
Sino en el margen último del orbe.»

»Mas no permite el público cuidado  
Dejar aquestas piedras indefensas,  
Haciendo oficio de vulgar soldado,  
Quien carga obligaciones tan inmensas.  
Cualquier portillo estrecho que allanado  
De mi contrario tienen las ofensas,  
En mi opinion abierto le contemplo,  
Las piedras siendo á mi dolor ejemplo.

»Ni es justo que á las manos de la suerte  
Se entregue en solo un trance la esperanza,  
Que alienta el pecho generoso y fuerte,  
Y con paciencia y ánimo se alcanza.  
Negar la entrada al miedo de la muerte,  
Gozando entre sus olas de bonanza,  
Es bien á muchos nobles concedido,  
Y á pocos conservarse en lo adquirido.

»Naciones fuertes, capitanes diestros  
Defienden el honor de la muralla;  
De blanco trigo en los sileros nuestros  
Inmensa copia reservada se halla.  
Armas, pertrechos, ingenieros diestros,  
Sin la infinita tropa de canalla,  
Que cada cual atento á su ejercicio,  
Dan del suceso favorable indicio.»

Aquí paró, cortando su discurso  
Ver que en el muro que se opone á Chaya,  
De Alfonso el campo con mayor concurso  
Aprisa llama que á aguardarle vaya.  
Ligar pudieran su improviso curso  
Las voces, que en la parte de la playa  
Sonaron, dilatándose con ellas  
Penachos de vislumbres y centellas.

Menguaba en los franceses el combate,  
Que su caudillo intrépido socorre;  
El fuerte acero riguroso bate,  
Y noble sangre por el muro corre.  
Temiendo que el socorro se dilate,  
También el lorenés presto recorre  
De la parte del mar la rota frente,  
Que ve cubierta de española gente.

Los gritos, las heridas, los destrozos,  
Las armas, los encuentros, las congojas,  
Las duras astas en menudos trozos,  
Las fieras puntas con la sangre rojas,  
Las breves vidas de atrevidos mozos,  
De ancianos brazos las heridas flojas  
Penetran, hieren, crecen, matan, suenan,  
Los aires turban y en el mar resuenan.

Crece el valor al paso que resiste  
La honrada obstinacion que se defiende,  
Crece el furor del que animoso insiste,  
Y ver el fin de su conquista emprende.  
Si el uno atento á su defensa asiste,  
En fuego el otro del honor se enciende,  
Y así, procuran sin ventaja alguna  
Contrarios fines con igual fortuna.

Los dos hermanos, los constantes polos  
Del cielo de Aragón y su corona,  
Enrique y Pedro, que bastaran solos  
A conquistar los campos de Latona,  
No con astucia ó militares dotos,  
Que el arte en tantos principes abona,  
Sino moviendo el impetu sus alas,  
Animan y frecuentan las escalas.

Llegaron de Fernando los renuevos,  
Pisando osadamente sus almenas,  
De esguizar guardadas y sivevos,  
Venales siempre en cóleras ajenas.  
Sintieron tanto los guerreros nuevos,  
Que á costa del tributo de las venas  
Heridos, como los nemevos suelen,  
Del ya pisado muro los expelen.

Tendido se mostraba en el camino  
En frente del hermano generoso,  
Helado el cuerpo y el amor divino,  
Gozando Pedro de inmortal reposo;  
Vestido de la muerte el cristalino  
Rostro gentil, y su cabello hermoso  
Tenido en sangre, sepultó la herida  
De sus gallardos años homicida.

Turbado Alfonso del mortal suceso,  
Vertió sin atender fraterno llanto,  
Sin ser culpable su piadoso exceso,  
Ni del funesto caso el nuevo espanto.  
Al cuerpo llega, y entazando el peso  
Del tronco helado, le suspende en tanto  
Que con dudosa voz, turbada y fria,  
Así confuso y triste le decía:

«¡Oh siempre generoso caballero,  
Y siempre desdichado hermano mío!  
Eterno vivirás, noble guerrero,  
Y en mí el dolor de ver tu cuerpo frío.  
No culpo, no, de mi contrario fiero  
El duro golpe, el insolente brio,  
Pues soy quien daba de piedad ajenas,  
Al cielo culpas y al castigo penas.»

»Dichoso tú, que penetrando agora  
Los campos que dividen los planetas,  
Desprecias los matices de la aurora,  
Que afrentan las colores mas perfetas,  
Pues sabes cómo el sol los aires dora,  
Y el término fatal de los cometas.  
¿Quién duda del, que cielos y astros pisa,  
Que ajeno llanto le convierte en risa?»

»Descansa, y logra tu feliz ventura,  
Comprada á precio de mortales años,  
Alma dichosa, y vivirás segura  
De envidias, de lisonjas y de engaños;  
Y si esa luz habitas limpia y pura,  
Eternamente libre de los daños  
Que no conoce, ni su hermosa lumbre  
De un vil destierro la infeliz costumbre;

»A las orejas pias celestiales,  
Que atentas siempre sin estorbo tienes,  
Remedio pide á mis llorados males,  
Y eterno colmo de seguros bienes.  
Pues fueron nuestras suertes desiguales,  
Haré rogando, en tanto que previenes  
Igual lugar en este que te encierra,  
Que leve sea á tu piedad la tierra.»

## CANTO IX.

## ARGUMENTO.

Del viento y de las olas combatido,  
A Capri llega el animoso Orlando,  
Y en el estrecho albergue recogido  
De Didimo, le cuenta, descansando,  
De Escanderbel, el principe temido  
De Albania, que en Europa amenazado  
Estaba las reliquias de Amurates,  
En batallas, asaltos y combates.

Vace al Levante, en hombros del Tirreno,  
Capri, de el gran Tiberio ocioso nido,  
Por sus frondosos árboles ameno,  
Por su verde corona defendido.  
De ilustres techos y jardines lleno  
Desciende al mar, que entre sus piés dormido  
Las olas deja, que llegaron prestas,  
Las unas á las otras sobrepuestas.

En esta siempre alegre y verde sierra,  
En la estrechez pobre de una ermita,  
Didimo noble su ambicion encierra,  
Y las paredes rústicas habita.  
Cuidados vanos la humildad destierra,  
Y con piadoso llanto solicita  
Afectos puros, ánimo sereno,  
De amor la espuela, y de temor el freno.

La muda noche su estacion primera  
Pisaba obscura, y con furor violento,  
De negras nubes su mayor lumbrera  
Cubrió entre nieve el importuno viento.  
De sombra y miedo se vistió la esfera;  
Sus luces vió prender el firmamento,  
Y airado el mar de la insolencia brava,  
Del viento á los peñascos se quejaba.

De tantos enemigos asaltado,  
Llegó de Orlando el temeroso pino,  
De la cobarde luz encaminado  
Que entre unas peñas Didimo previno.  
Con grato amor, con paternal cuidado,  
Mostrando á dos barqueros el camino,  
Que parten con su vida y sus paredes  
El logro de los barcos y las redes.

Apenas llega el fracasado leño  
Al corto abrigo de la inculca peña,  
Cuando á su arena el prevenido dueño  
El hierro corvo sin tardar despeña.  
Mostró la luz entre el lluvioso cenón  
Del negro monte la quietud pequeña  
De Didimo, que escucha atentamente  
Gritos del mar y voces de la gente.

Piadoso deja el intratable lecho,  
Y al fuego mal cubierto, que dormía  
Entre ceniza lenta, á su despecho  
Ardiente luz soplando le pedía.  
La sonolienta lumbre al mudo techo  
Mostró un engaño del vecino día,  
Y el aire vago penetrando inflama  
En cándido algodón luciente llama.

Oculto sale en una cárcel breve  
Antes que el aire su pureza ofenda,  
Y a pesar del rebozo de la nieve  
Entre unas hayas descubrió la senda.  
Con blancos grillos cuando el paso mueve,  
La estampa misma impide que descienda,  
Y apenas pudo en resistencias tantas  
Mover el cuerpo y levantar las plantas.

Al báculo y la luz sus pies entregan  
De tan dudosos pasos el gobierno,  
Que el viento y nieve, que sus ojos ciegan,  
Son de su edad accidental invierno.  
Descubre ya los miseros que llegan  
El noble viejo, lastimado y fiero,  
Y acusa en sí los que plantaron antes  
En campo estéril árboles errantes.

Vió preparar los leños, sacudiendo  
La blanca tez que sus cortezas baña,  
Y con gemidos rústicos midiendo  
La luz el tronco, el humo la montaña.  
El lento paso del calor ciendo  
La plebe vio, que en torno le acompaña,  
En todos siendo el infeliz consumo,  
Al cuerpo engano, y a los ojos humo.

En medio del rumor y la fatiga  
Llegó al concurso el viejo venerable:  
Pararon todos, que su vista obliga  
A mas quietud en el respeto amable.  
Por no impedir que el destronar prosiga  
La gente, y el dormido incendio entable,  
Hallar cortés al Capitan procura,  
Con luz escasa en la tiniebla oscura.

O fuese el traje, ó la mudanza fuese  
De rubios crespos á severas canas  
Hicieron que con Didimo midiese  
Orlando mal las muestras cortesanias;  
Mas no porque faltase ni excediese  
De aquellas justas ceremonias llanas,  
Con que el piadoso Capitan respeta  
El hábito y virtud anacoreta.

Cortés y alegre la disculpa admite  
De aquella tan forzosa inadvertencia,  
Y con delida prostracion repite  
Palabras de humildad y reverencia.  
Que suba presto, y su estrechez habite  
Procura con benigna diligencia,  
Y así le dice entre el estruendo ciego  
Del vulgo atento á dilatar el fuego:

«Si al mar y al viento, sin firmeza opuesto,  
Abrió tu leño y su quietud camino,  
Y el soplo mas soberbio y mas molesto  
Sirvió á la industria del osado lino;  
Si ve el descanso el que miraba expuesto  
Su sér, por tantos miedos peregrino,  
Al mar airado, que la frente humilla  
Alguna vez al surco de la quilla;

»Razon será que al cielo agradecido  
En este techo que vecino miras,  
Le des las gracias por haber rendido  
Del mal domado piélago las iras.  
Hallarás entre tanto prevenido,  
Si destas inelencencias te retiras,  
Un lecho que hospedar, si á mas excede,  
No tu valor, mas tu fatiga puede.

»No con delicias bárbaras ornado  
Publica el yerro del soberbio dueño,  
Que en dar descanso al cuerpo fatigado,  
No debe nada á la ambicion el sueño.  
Aquel prolijo intrínseco cuidado,  
Vida del oro, espíritu del leño,  
No ignora el sueño de plebeyos viles  
Con mas labor, con hilos mas sutiles.

»Cenar podrás el fraternal tributo  
Que dan á Dios incultos pescadores,  
De nuestra cortedad piadoso fruto,  
Y ofrenda de sus pobres moradores.  
Tambien el huerto natural y bruto,  
A quien los meses sirven de cultores,  
Seguro guarda de que el gusto ofendas  
Del pardo otoño las sabrosas prendas.»

Al noble viejo agradecido Orlando,  
El no esperado ofrecimiento admite,  
Y por la inculta senda caminando,  
Palabras dulces de amistad repite.  
Iba al guerrero Didimo alumbrando,  
Sin que jamás de sus pisadas quite  
La luz, que al breve techo los adiestra,  
Y entre unos troncos el camino muestra.

Llegaron derribándose en el suelo,  
Mirando en breve lienzo retratada  
La Ester divina, admiracion del cielo,  
Que está de sus lumbreras coronada,  
Y vivo muestra el virginal recelo  
De aquella felicísima embajada,  
Con que á alentar su candida pureza  
Bajó de Dios la misma fortaleza.

Con breves gracias le encamina luego,  
Donde con secos troncos insolente  
Llegar al cielo procuraba el fuego,  
En solo destruirse diligente.  
En corto espacio, con igual sosiego  
Halló defensa en el consumo ardiente,  
El frio envuelto en la humedad que bebe,  
Penetrado el vestido de la nieve.

La dulce mesa, sin delicias llena,  
Le muestra de improviso el aposento,  
Y en ella desempeña humilde cena  
Aquel modesto y puro ofrecimiento.  
Sentóse Orlando, y con templanza, ajena  
De ambicion, despidió el segundo asiento  
Didimo, no admitiendo ruego alguno  
Las no violadas horas del ayuno.

El huésped toma lo forzoso y justo  
Para el reparo cierto de la vida,  
Que no es servir á la ambicion y al gusto  
Oficio natural de la comida.  
Ya en el aliento y animo robusto  
El alma se mostraba agradecida  
Al cuerpo y al pacifico sustento,  
Que goza sin pension de cumplimiento.

La cena, ni por larga ni molesta,  
Perdió de humilde el nombre merecido,  
Ni por la copia y diligencia presta,  
El dueño de animoso y prevenido.  
Quedó sobrando á la invasion expuesta,  
De nuevo huésped, si del mar vencido  
Llegara, mas la mesa retiraron,  
Y al fuego divertidos se quedaron.

«¿No me conoces, capitan gallardo?»  
Le dice el viejo: — «En tan piadoso oficio  
Tu amor conozco, respondió el lombardo,  
Y humilde reconozco el beneficio.»  
«Aquí la muerte, le replica, aguardo  
Con diferentes armas y ejercicio,  
Yo el senescal, privado sin segundo,  
Del reino envidia y fabula del mundo.

»Rompi de sus engaños las prisiones,  
Al cielo gracias que decirlo puedo,  
Cuando de sus profanas ambiciones  
En muertas sombras temeroso quedo.  
Temí sus peligrosas confusiones,  
Y dando atento entre tan justo miedo  
A mas segura empresa la esperanza,  
Dejé la sujecion y la privanza:

»Aquel engaño dulce de la vida,  
Aquel morir sin esperar la muerte,  
Aquel esclavitud agradecida,  
Y aquel encanto con lisonjas fuerte,  
Aquel reinar la libertad perdida,  
Aquel infamia en la dichosa suerte,  
Aquel temor, aquella honrosa pena,  
Solo feliz á la miseria ajena;

»Que estribe de la vida el fundamento  
En el querer de un vano poderoso,  
Y en una voz que la engendró en el viento,  
La lengua con afecto licencioso,  
En el airado y facil movimiento  
De la vista, tirana del reposo,  
Pues de la sierpe, que mirando mata,  
Esta verdad la fabula retrata.

»Las públicas acciones condenaban  
Los que en plebeyos limites vivian;  
Los grandes obligados se quejaban,  
Y mi poder con su ambicion median.  
¡Oh cuántos mi paciencia fatigaban,  
Y cuántos con no verme la ofendian,  
Siendo al privado, que el favor dispensa,  
Rogarle enojo, y no pedirle ofensa!

»Un grave yerro, Capitan, confieso,  
Que veces tantas sin remedio lloro,  
Si no disculpa tan costoso exceso,  
Amor antiguo de los lirios de oro.  
Por mi consejo, que acusar profeso,  
Juana ofendiendo su real decoro,  
Llamó al Frances, que suceder espera  
De Alfonso, siendo la adopcion primera.

»En estas apacibles soledades,  
Con mas quietud y sin fatiga alguna  
Adoro destos campos las verdades,  
Que no escuchó mi bárbara fortuna.  
No inventa cortesanias novedades  
La turba, en pretensiones importuna.  
Que son entre estos árboles y fuentes  
Las aves de mi mesa pretendientes.

»Cuando la blanca luz, alma del día,  
Procura ver los campos del Tirreno,  
Al sol y á mi, con voces de alegría  
Despiertan, reposando el mar sereno.  
Los pasos miro de la noche fria,  
Que ciega busca deste monte el seno,  
Y alegre el sol, vistiendo el horizonte,  
Salir al mar y amanecer al monte.

»En este tiempo, que el invierno cubre  
De Acuario el techo con escarcha y nieve,  
Y el sol tan breves horas se descubre,  
Que apenas paga lo que al mundo debe,  
Lo que con amenazas el otubre  
Mandó guardar en este cerco breve,  
Agora gastan sus humildes dueños,  
Al sol que sale en los ardientes leños.

»Cuando despues los árboles y prados,  
De flores y hojas el abril compone,  
Y á los jardines de la industria armados,  
Vestido el campo en lo galan se opone,  
Mirar los muertos troncos animados  
De una verdad el crédito dispone,  
Que á vivir con ejemplo de las plantas,  
El cuerpo vuelve entre miserias tantas.

»Miro despues á manos del estio  
Morir deshechas las caducas flores,  
Y en secas yerbas deponer el brio  
La vida natural de las colores;  
Y en esto juzga el desengaño mio  
La vana direccion de los amores  
A una beldad, en duracion escasa,  
Que el mismo sol que la engendró la abrasa.

»Con estos generosos desengaños  
Que advierten los efectos naturales,  
La vida pasa sus postreros años,  
Menos gallardos, pero mas leales.  
Ni envidias temo, ni recelo daños;  
Seguro vivo de ambiciosos males;  
No hay quien mi gusto en cuanto emprendo altere,  
Pues siempre quiero lo que el cielo quiere.

»Mas tú, que de las ondas la inclemencia  
Sentiste, preso entre sus brazos fieros,  
Sujeto á la dormida diligencia  
De pocos y turbados marineros;  
¿De dónde vienes, que tu injusta ausencia  
Lloran de Anjos los inclitos guerreros?  
¿Qué mares, qué peligros navegaste,  
Si entre unas penas á morir llegaste?»

«Serví, le dice, en la primera guerra,  
Y en aquella batalla tan gloriosa  
De Ponza, gobernando en mar y tierra  
La gente de Filipo vitoriosa.  
Su paz despues de Italia me destierra,  
Cuando con insolencia poderosa,  
Cenido de armas otomanas, miro  
Aquel gallardo principe de Epiro.

»Aquel que eternos bronces solicita,  
Y teme el Garamanta mas remoto,  
Aquel que llama Escandarbei el scita,  
Y el católico nombre Castrioto;  
Aquel que la piedad antigua limita  
Con celo santo y ánimo devoto,  
Y osado impide las empresas vanas  
Del cielo de las lunas otomanas.

»Despues que en las vitorias insolente,  
Aquel soberbio principe otomano  
Domó de Grecia la gallarda gente,  
Con grave yugo y con sangrienta mano;  
Despues que á los mandatos obediente  
Se vió el postrero César del tirano,  
Llorando el orbe aquel incendio ciego,  
Que el lustre abrasa del imperio griego;

»El principe de Albania desdichado,  
Juan Castrioto, al vencedor entrega  
Con nieve prendas su mayor cuidado,  
Ultimo aliento en la desdicha griega.  
En nueva ley, con paternal cuidado,  
Su fiero dueño, con industria ciega  
Le fia á quien sus partes desempeñe,  
Y armadas letras á su edad enseñe.

»Crióse en el palacio de Amurates  
Robusto, en tanto que piadoso el cielo  
La gloria preparaba á sus combates,  
Y honrosa libertad al patrio suelo.  
Desde el Danubio helado hasta el Enfrates  
Vertió la fama aquel glorioso duelo,  
En que al scita y al persa en la estacada  
Quitó las vidas su primera espada.

»Al paso de la edad creció el respeto,  
Ya general de las escuadras fieras;  
Con fuerte diestra y con dichoso efecto  
Gobernó de Amurates las banderas;  
Siendo de su invasion primero objeto  
Y robo de las manos extranjeras  
Misia infeliz, el déspota perdidio,  
Y su piadoso vencedor vencido.

»La envidia, sombra de gloriosos hechos,  
Que los cobardes ánimos levanta,  
Mostró su enojo en los fraternos pechos,  
Y de su honrado padre en la garganta;  
Y cuando ver pudiera satisfechos  
Sus nobles triunfos, que á los siglos canta  
La misma edad, pensó cortar sus brios  
Con varios y afectados desafíos.

»Temió la muerte aquella ilustre prenda  
De los albanos pueblos, que en Italia  
A Troya dieron generosa enmienda,  
Y glorias á la sangre de Tesalia.  
Mirando en una bárbara contienda  
Repetir la tragedia de Fatsalia,  
Del gran Moraba en la ribera verde,  
Cobrar el reino procuró que pierda.

»Fué de las armas consejera el arte,  
Y con industria, armada de violencia,  
Antes que del ejército se aparte,  
Hizo escribir, forzado en su presencia,  
A un secretario de Sultan, que parte,  
Que Albania toda diese la obediencia  
A Escandarbei, mandando á quien la rige  
Que dé el gobierno al que de nuevo elige.

»Seguido de trecientos caballeros,  
Tomó con ellos posesion de Dibra,  
Y dando al sol católicos aceros,  
Su brazo el asta cantelosa vibra.  
No en ella, no, en las armas y guerreros  
El fiel suceso de su empresa libra,  
Pues no hay poder que su fortuna altere,  
Si el hombre reina, cuando el cielo quiere.

»Fiado solo á la divina diestra,  
Que sus designios justos encamina,  
Sin dar principio á la marcial palestra,  
Procura de Amurates la ruina.  
Con modo cunto, con astucia diestra,  
Enviar á su primo determina,  
Al noble Amesa, que de sí le aparta,  
Luego á llevar la simulada carta.

»Creyóla sin discurso el divertido  
Bárbaro Capitan, que al punto deja  
La antigua Croya al sucesor fingido,  
Y luego de sus términos se aleja.  
El pueblo alegre, al cielo agradecido,  
Fiestas de amor al Príncipe apareja.  
Que adversa suerte en la ocasión le puso  
En propio reino con gobierno intruso.

»Apenas los ministros otomanos  
Con fe sencilla la obediencia dieron,  
Cuando, que mueran ó que sean cristianos,  
Su piedad y su celo dispusieron.  
O fué dureza ó turbacion, pues vanos  
Los justos medios de equidad salieron;  
Y cuando el pueblo á conocerlo alcanza,  
Vistió de sangre la comun venganza.

»Habiendo convocado sus vasallos,  
Príncipes junta, deudos y vecinos,  
Siendo el concurso inmenso de caballos,  
Errante habitador de los caminos.  
Pudo el amor y la ocasión juntarlos,  
O impulsos mas gallardos y divinos,  
Tan presto, que sin limite acompaña  
De ilustre gente Epiro la campaña.

»Arianites llegó Topiagolemo,  
Que Europa llama capitan Comato  
Por los cabellos largos con extremo,  
Fiados solo al natural ornato.  
Asombro pudo ser de Polifemo  
Su cuerpo, y de Amurates su aparato  
De armada gente, que naciendo el día  
Al bárbaro tirano desafia.

»Su estado, desde el claro rio Eante,  
Al Ambrático seno se dilata;  
Círrando por la costa de Levante,  
En términos de Albania se remata.  
Y cuando Mahamet, turco arrogante,  
Sus lunas pasa de luciente plata  
A Epiro, hora las escuadras rotas  
Del triunfo de sus armas epirotas.

»Rigiendo armado sus guerreras gentes,  
Andreas Topia en su defensa vino  
Con Musaquio y Commino, sus valientes  
Hijos, y con Tanusio su sobrino:  
Sus nobles generosos ascendientes,  
Riberas del Emato cristalino,  
A Croya y á Petrela edificaron,  
Y nombre eterno á su valor fundaron.

»La fuerte gente, que en la guerra emplea,  
Sus astas vibra, usando los paveses,  
Porque el contrario al combatir no vea  
Ni el vago resplandor de los arneses.  
La fiel provincia, en que domina Andrea,  
Bajando de los montes albaneses,  
A Epiro deja, y por la tierra llana  
Ciñe á Epidamo y la menor Tirana.

»Llegó el tercero su sobrino Estreco,  
De Balsa hijo, que entre Croya y Liso  
Los campos goza, que con justo aprecio  
Robar con armas Amurates quiso;  
Haciendo de ellas varonil desprecio,  
Armados se mostraron de improviso,  
Siguiendo los musaquios su estandarte,  
Ministros fieros del rigor de Marte.

»Llegaron los hermanos generosos,  
Gallardo Nicolao por la guerra,  
Y Paulo en armas y actos religiosos,  
Honor y fe de su oprimida tierra.  
Desde los montes ásperos y umbrosos,  
Que el alta Misia en su contorno encierra,  
De entrambos son los campos que Banisa  
Por blanca arena caminando pisa.

»Vino el gallardo Lucas Zacarias,  
Señor de Daino, que sus muros banan  
Del claro Drino las corrientes frias,  
Y sus riberas verdes acompañan.  
Huyendo de las altas serranías  
De Albania, sus cristales desengañan  
Que es albanés, si con su eterno giro  
Ciñe á Dalmacia y fertiliza á Epiro.

»Pedro, español, opuesto á los sultanes,  
Sus hijos trujo, Aléjos y Bosdario,  
Urno y Mirco, ilustres capitanes,  
Siempre terror del bárbaro contrario,  
En guerra y paz valientes y galanes,  
Y bien se muestra, aunque en suceso vario,  
Que dió principio y sangre á sus trofeos  
España en los nevados Pirineos.

»Llegaron los dos célebres hermanos,  
Lucas y Pedro, que la casa heredan  
De aquellos nobilísimos Dusmanos,  
Y en cuyas glorias subrogados quedan;  
Aquellos, que los hierros otomanos,  
Rompiendo libres, porque honrar se puedan,  
Los siguen sus vasallos pelagones,  
Horror de tantas bárbaras naciones.

»Luego á Estéban Cerniche acompañaban  
Con Juan y Jorge, sus valientes hijos,  
Cuantos de aquesta gente despreciaban,  
Fatigas y trabajos tan prolifijos;  
Isiricos gallardos, que aguardaban  
Con fuerte pecho en escuadrones fijos  
La invasion mas violenta que podía  
Inundar la turquesca infantería.

»Vino nobleza mucha de Venecia,  
Que del Albano monte se deduce,  
Con que el dolor y la amistad de Grecia  
A tan gloriosa empresa la conduce.  
Grandeza tanta de seguir se precia  
Al noble Castrioto, que reduce  
La grave junta al venerable templo  
De Alesio antigua, en la firmeza ejemplo.

»Pasados los forzosos cumplimientos,  
Gallardos y conformes ocuparon  
De la mayor capilla los asientos  
Después que alegremente se abrazaron.  
Quedaron todos en silencio atentos,  
Y con piadosas muestras escucharon  
Al Rey, que á tantos reyes sustituye,  
Y Dios á su quietud le restituye.

»Y dijo: «Valerosos herederos  
De aquellos que con Hércules osado  
A Cóicos habitaron los primeros,  
Después que el mar le obedeció domado,  
Y fueron sus valientes ganaderos,  
Cuando de Gerion robó el ganado,  
Sintiendo el monte Albano en las espaldas  
Beber sus fuentes y talar sus faldas:

»Si veis tan ofendida su nobleza,  
Y llorais tan infame caufiverio,  
Después que Saladino á la fiereza  
De un tártaro pastor fundó el imperio,  
Alabo tan ilustre fortaleza,  
Vida y honor del noble ministerio,  
De la gloriosa guerra, en todos varia,  
Y al valor albanés hereditaria.

»No su opresion ni su fatiga injusta  
Mi pecho agradecido representa,  
Pues miro tanta juventud robusta,  
Que armada venga la comun afrenta.  
La gloria si de la corona augusta  
Del griego imperio, que oprimió violenta  
Del Constantino César en la frente  
Lo mas del Asia, y lo mejor de Oriente.

»En estos montes que erizados veo,  
Saben romper las fieras sus prisiones,  
Mas no encerrar con limite el deseo  
Los nunca satisfechos corazones.  
Ser libre juzga el vulgo por trofeo;  
Buscan honor los inclitos varones,  
Que así pretenden con diversa palma  
Descanso el cuerpo y opinión el alma.

»La fundacion ilustre Constantina  
Guerreros nobles, vuestro acero llama,  
Y la soberbia, envuelta en la ruina,  
Con mudas voces de su injuria clama.  
La sangre propia á la venganza inclina,  
Y cuando el ofensor no la derrama,  
Si algun agravio su decoro ofende,  
Al rostro muestra que salir pretende.

»La hechura vil de Saladino entienda  
Que somos griegos, que sus armas nobles  
Eternas viven, sin que el tiempo ofenda  
La sagrada memoria de sus robles.  
¿Qué muro habrá que al embestir defienda  
Villanos scitas, en el trato dobles,  
De tales brazos, que pudieran solos  
Unir reinando los contrarios polos?

»La gente es poca, si mi patrio suelo  
Con tanto barbarismo se compara,  
Y toda sobra á la invasion del cielo,  
Que agravios tantos con piedad repara.  
Jamás de su equidad el justo celo  
Con armas superiores se declara,  
Con menos sí, porque el soberbio crea  
Que solo Dios por la razon pelea.

»En los antiguos triunfos y vitorias  
De aquellos capitanes, sus amigos,  
Por suyas siempre declaró las glorias,  
Siendo tan breves armas los testigos.  
Si fueron esperanzas las memorias  
De tantos y tan rigidos castigos,  
Que el pueblo fiel en el temor alientan,  
De Dios el brazo sus contrarios sientan.

»Venced, vencedor, que la ocasión gloriosa  
Ligera el paso negligente huye,  
Y el sacro honor en la quietud ociosa  
Al noble pecho su desduido arguye.  
Vuelva la antigua Albania generosa  
Al ser que un fiero bárbaro destruye,  
La dulce paz á su descenso vuelva,  
Y á ver sus dueños la abrasada selva.

»Esto les dijo, en todos infundiendo  
Nuevo valor sobre el valor nativo,  
Y el yugo de los cuellos sacudiendo,  
Vencer prometen al tirano altivo.  
Resuena de las cajas el estruendo,  
Y con sonido penetrante y vivo,  
Aliento fiero y conmocion secreta  
Infunde en los caballos la trompeta.

»Ya la venganza el Turco preparaba,  
Y Ali-Baja, su capitan gallardo,  
Cuarenta mil caballos alojaba.  
Dejando en Drino gente en su resguardo,  
El bélico rumor amenazaba  
Del rústico temor el paso tardo,  
Con que á los altos montes interiores  
Llevaban los ganados sus pastores.

»Sus muros examinan las ciudades,  
Y atento el labrador á su defensa,  
Se oculta en las vecinas soledades,  
Y el campo entrega á la enemiga ofensa.  
Llamado de tan ciertas novedades  
Del mudo sueño, en la quietud suspensa,  
Con quince mil guerreros que señala,  
El leve viento el Albanés iguala.

»Un bosque ocupa en la vecina frente,  
Guiado solo del silencio obscuro,  
Formando al punto su callada gente,  
De verdes troncos repentino muro.  
Apenas á los campos de su oriente  
El cabello mostró luciente y puro  
El sol, cuando el Baja su gente ordena,  
Y al arma, al arma, en los cuarteles suena.

»Trabóse la batalla con el día  
Con tal furor, con tanta diligencia,  
Que al hierro en tan reciproca porfia  
Vitoria pudo ser la resistencia.  
El príncipe de Albania se ofendia  
De aquella peligrosa diferencia,  
Mas ya bajaba del vecino monte  
Con su fuerte escuadron Uraconte.

»Y al campo opuesto tan gallardo embiste,  
Que el fiero seita, en resistir cobarde,  
En no ser presa solamente insiste,  
Sin que otro premio en la contienda aguarde.  
De cuerpos y armas la campaña viste,  
Y antes que baje á descansar la tarde,  
A Croya vuelven sus aceros rojos,  
Honrados con los bárbaros despojos.

»Quedó con tantas muertes oprimido  
Del griego suelo el robador injusto,  
Que pide, de sus armas ofendido,  
Paz y amistad al vencedor robusto;  
Que al cielo justamente agradecido,  
Con pecho altivo, con designio justo,  
Entrambas prendas al contrario niega,  
Y armada gente á la campaña entrega.

»Llamado el Turco de su injuria, vuelve  
Segunda vez movido á la venganza,  
Y el Asia toda su furor revuelve,  
Fiando á muchas armas su esperanza.  
Salir en campo el Albanés resuelve,  
Que ya el valor acusa la tardanza,  
Y en toda Grecia resonaba en tanto  
De rústicos clamores el espanto.

»De Escutar llega á la campaña verde,  
Cubriendo Mostafa bosques y prados  
De gente, en cuyo número se pierde  
La cuenta de caballos y soldados;  
Y antes que alegre el cielo al sol recuerde,  
Se vieron sus guerreros asaltados  
Del Albanés, que aguarda su fortuna  
Que Apolo deje la dorada cuna.

»Fué la invasion tan fuerte y repentina,  
Que en breves horas con dolor sangriento  
Llora el Baja su misera ruina,  
Y Epiro aclama el justo vencimiento.  
Bajar á su castigo determina,  
De albana sangre el bárbaro sediento,  
Y en las insignias trémulas dilata  
Sus varias lunas de brillante plata.

»Con número de gentes infinito  
Ciñó de Estefigrado las murallas,  
Vistiendo con despojos su distrito,  
Teatro de tres célebres batallas.  
Ya reducido á término finito  
Su ejército, y queriendo acreditarlas,  
Dejó las armas y perdió la vida,  
De tan siniestras suertes ofendida.

»Su triste gente á Mahamet elige,  
De imperio tanto príncipe heredero,  
Que pide luego que sus armas rige,  
Paz y amistad al vencedor guerrero;  
Y el capitan cristiano que dirige  
A Dios las nobles glorias de su acero,  
Con no quererla, el Tartaro destierra,  
Y libre deja su oprimida tierra.

»Moisés en tanto, su mayor caudillo,  
Dejando á Dios, á Mahamet se pasa,  
Y dando al aire el bárbaro cuchillo,  
El campo albano sin piedad abraza.  
Y en vez de consentir arado y trillo  
En la espalda opulenta, la traspasa  
El hierro en pies ligeros y bizarros  
Y en las sonantes ruedas de los carros.

»Llegaba apenas del Eante claro  
El discolo guerrero á las arenas,  
Cuando su gente sin hallar reparo  
Pagó tributo al agua de sus venas.  
Salió el dichoso vencimiento caro,  
Juntando á tantas glorias tantas penas  
Su primo Amesa, apóstata insolente  
De la amistad y fe de su pariente.

»Al Turco lleva su familia oculta,  
Que luego un grande ejército le entrega,  
Y la traicion, que nada dificulta,  
De Dibra presto á las murallas llega;  
En una selva de árboles inculta,  
Su alevé exceso á la prision le entrega  
Del primo, siendo en la experiencia vanas  
Las glorias de sus armas otomanas.

»Al Príncipe Albanés llamó el castigo  
De su rebelde sangre y ofensora,  
Y la perfidia injusta del amigo  
Con justo exceso su clemencia llora.  
Y cuando á la venganza de enemigo  
Pudo salir la espada vencedora,  
Salió el perdón, y á la familia presa  
Le dió su padre, y al honor su empresa.

»Fué en el culpado afrenta el beneficio,  
Y amores de su ausente compañía  
Del Turco le volvieron al servicio,  
O al miedo de su injusta tiranía.  
No se mostraba á Mahamet propicio  
El cielo, y castigando su porfia  
De honroso triunfo, con presteza rara  
Nueva materia al vencedor prepara.

»Feri-Bajá su ejército compuso,  
Terror de entrambas Asias y respeto,  
Y en muchas armas y guerreros puso  
La furia de su Príncipe en efeto.  
Partirse de Andrinópolis dispuso,  
Cuando en honor ocioso, libre y quieto,  
Hallar pensaba á su contrario fuerte,  
Con tantas amenazas de la muerte.

»El bosque apenas de Dibrastro pisa,  
Cuando el guerrero invicto que le aguarda  
Al viento dió la bélica divisa,  
Que tantos escuadrones acobarda.  
Mostraba al cielo su primera risa  
El alba, que á la sed del campo tarda,  
Y al pié de un monte con violenta furia  
Comienza el hierro su primera injuria.

»Arde el furor, y los valientes brazos  
De golpes y armas en el fuego ardián,  
Y los deshechos cuerpos en pedazos  
Los últimos alientos despedían.  
Ya de la tierra con violentos lazos  
Los unos á los otros suspendían,  
Y por el campo estéril arrojadas,  
Ni ofenden ni castigan las espadas.

»Con altas voces y soberbia muestra  
Feri gritaba en medio de las iras:  
«¿A qué lugar de mi ambiciosa diestra,  
Escandarbei cobarde, te retiras?  
Aquí verás á tu quietud siniestra  
Esa fortuna impróvida que miras  
Vecina siempre; así acabó callando,  
Que ya le estaba el golpe amenazando.

«Oh bárbaro pagano!» le replica  
El gallardo Albanés, que airado y presto  
El brazo y lanza á su castigo aplica,  
Al noble triunfo sin temor dispuesta.  
Con el arnés el bárbaro complica  
El fuerte escudo á la invasion opuesto,  
Sintiendo el cuerpo á su rigor desnudo,  
Flaquezas del arnés y del escudo.

»Al suelo vino el misero gigante,  
Envuelto con la sangre y la congoja,  
Y el curso de sus venas redundante  
Traslada al campo su pintura roja.  
Fué del combate término el instante  
Que de la vida al bárbaro despoja,  
Pues ya la gente por el bosque suelta  
A Grecia daba sin honor la vuelta.

»Aquí la noche y mi fatiga piden  
Que ponga fin á tan notable historia,  
En quien sus raros méritos se impiden,  
Con forzosa ambición de tanta gloria,  
Y para referir si osados miden  
De muertos y vencidos la memoria,  
O los números faltan á la cuenta,  
O al Turco vidas, ó á su honor afrenta.»

«Oh justa admiración del siglo nuestro,  
Asombro de los héroes pasados!»  
Responde aquel de espíritu maestro,  
Con los piadosos ojos admirados;  
«Mi justo espanto en el silencio nuestro,  
Y en estos años tristes y cansados  
Al cielo gracias doy, que en tanto precia  
La fe perdida y la amistad de Grecia.

»Mas ya la noche, despertando el cielo,  
A deslucir comienza las estrellas,  
Y cobra fuerzas al comun desvelo,  
Viviendo el campo cuando mueren ellas;  
Y en esta injuria universal del cielo,  
Al son de los bramidos y querellas  
De viento y mar descansen tu fatiga,  
Que á mas ilustre habitación obliga.»

## CANTO X.

## ARGUMENTO.

Las lluvias y crecientes desataron  
La helada nieve que guardó el enero,  
Y al furor de Sebeto peligraron  
Las vidas del ejército guerrero.  
Arnaldo y Bruno en Nápoles entraron;  
Descubren el formal paso al acero;  
Enrique lo desprecia, y Paradino  
A enojo y furia con Oriando vino.

Dormido estaba en medio del invierno  
El año, prometiendo su tristeza  
Que puede ser aquel rigor eterno,  
Pues muerta llora el campo su belleza;  
Y atento Alfonso al militar gobierno,  
Aprieta en los cercados la estrechez,  
Que estando entre sus piedras mal seguros,  
Son grillos las almenas de los muros.

Estaba de las nieves coronada  
La blanca cuna, en que nació el Sebeto,  
Y nueva cumbre en su cerviz formada,  
De escarcha y nieve con helado aprieto;  
Y el agua con el viento conjurada,  
Su blanda lluvia con veloz efeto  
Arroja, desatando de la cumbre  
La riza y cristalina pesadumbre.

El agua, errante espejo de los cielos,  
Tendía libre sus valientes brazos,  
Y los incultos y ganchosos hielos  
Las penas desataban en pedazos.  
Informes surcos con prestados vuelos  
Rompió en su cumbre con soberbios lazos,  
Forzando al río que su curso empuñe,  
Y con lisonjas tantas se despeñe.

Sebeto humilde, que la seca arena  
Bañar no puede en el ardiente estío,  
Soberbio ya con la creciente ajena,  
Fué mar primero que naciesse río.  
Su natural templanza desenfrena,  
Llevado del caudal violento y frío,  
Y al árbol que antes con molestia floja  
Besó los piés, la frente le despoja.

Bramó erizada la veloz corriente,  
Y con tropel las aguas detenidas,  
El curso retardaban diligente,  
Mas á subir que no á correr movidas;  
Y con la gravedad de la creciente,  
Las aguas naturales oprimidas,  
Despiden arrojando en las riberas  
El peso de las ondas extranjerías.

Del loco asalto y repentino, mudos  
Los fieros animales peregrinos,  
Regiones nuevas, sin industria rudos  
Vivir prefieren, á morir vecinos.  
Sebeto son los árboles desnudos,  
Sebeto los arroyos cristalinos,  
Sebeto el campo, que insolente baña,  
Sebeto el mar, Sebeto la montaña.

En otro ser la tierra se transforma,  
Los montes con naufragio amenazaban,  
Y al nuevo mar que la creciente forma,  
Riberas para serlo le faltaban.  
La fuerza con la injuria se conforma,  
Y cuando mas sus cumbres despojaban,  
Soberbia el agua sin concierto mueve  
Con piés de vidrio máquinas de nieve.

Ruínas de edificios parecían  
Los troncos, y los techos mal formados  
De hielos, que las piedras desmentían  
A manos de las nubes fabricados.  
Era la obscura noche, en que dormían  
Su dulce y breve muerte los cuidados,  
Y del comun acuerdo suspendidos,  
Iluyeron al trabajo los sentidos.

En medio pues del general sosiego,  
Turbóse el campo con mayor espanto  
Que Troya vió del escondido griego  
Temblar sus muros y nacer su llanto.  
No tan veloz de repentino fuego  
Turba asaltada se divide, en tanto  
Que el justo miedo que á librarla aspira,  
Primero el daño que el peligro mira;

Como el confuso ejército, sintiendo  
La no esperada inundación que brama,  
En leños navegantes convirtiendo  
La armada tienda y la deshecha cama.  
Su fuerza prevenida del estruendo,  
Armas, caballos, máquinas derrama  
El río, siendo con furor constante  
De espumas locas horrible gigante.

Primero nadan muchos que despierten,  
Otros despiertos al remedio corren,  
La turbación impide que le acierten,  
Y en vano atentos el vivir socorren.  
Las varias voces y el rumor advierten,  
Y el fuerte sitio sin tardar recorren  
Los diestros capitanes que de Chaya  
Cenian los jardines y la playa.

Creuyendo que intentaba el enemigo  
Hacer alguna ofensa en los cuarteles,  
Saltó el gallardo Alfonso á su castigo,  
Cercado de armas y soldados fieles;  
Mas ya buscando en su piedad abrigo,  
Por un espeso bosque de laureles  
Llegaron brevemente los primeros  
Confusos y turbados mensajeros.

Sintiendo el capitán noble y piadoso  
De sus amigas gentes el estrago,  
Y con afecto tierno y generoso,  
Dió de la espuela á un alazan cuartago;  
Y entrando libre en el peligro ondoso,  
Desprecia osado del reciente lago  
La furia, que conserva embravecida  
Tan gran rumor para tan corta vida.

Daba á la noche lúcidos espejos  
La nueva luz, que la del sol retrata,  
Y del cambiante viso en los reflejos,  
Trémula ondea la espumosa plata.  
Rindió presente, si temió de lejos  
La injuria que del monte se desata  
El gran Alfonso, que á vencerla obliga,  
Y así les dice en la comun fatiga:

«Oh fuertes capitanes, nuevo ejemplo  
De amor y de constancia generosa,  
Honor y lustre del sagrado templo,  
Dónde en la fama la virtud reposa!  
Cuando en miserias trágicas contemplo  
La fe en peligros tantos animosa,  
Convierto en glorias tan honradas penas,  
De España triunfos, de mi amor cadenas.

»Animan destas piedras los temores  
Con líquido furor los elementos,  
Vertiendo el monte que produce flores,  
Soberbios y arrojados movimientos;  
Si ya de los trabajos los mayores  
Pasados son, si reprimió los vientos,  
Domó las aguas, sujetó la tierra,  
Mostrando el cielo el fin de tanta guerra;

»No tema, no, vuestra opinión altiva  
De hielo y nieve á un insolente parto,  
Si deste mar que al campo se deriva,  
Ni el daño temo ni el caballo aparto.  
Ya cede la corriente fugitiva,  
Ya de su vida en el postrero cuarto  
Está la noche, y la mañana asoma,  
Deste diluvio candida paloma.»

Así les dice, y por el verde monte  
Mostraba el cielo, que salir pretende  
El alba, y despertando el horizonte,  
Aun no le dora, pero ya le enciende.  
Por mas estrecha margen el desmonte  
Bajan con el silencio al mar empuñe,  
Y el agua buyendo, al engañado día  
Islas del mar la tierra parecía.

PE-II.

Quedó sin nieve la robada cumbre,  
Medrosa y triste la desnuda selva;  
Del monte la frondosa pesadumbre  
El agua teme que á enojarse vuelva.  
Del sol respetan la piadosa lumbre  
Las mudas aves, aunque mas la envuelva  
En negros arreboles la mañana,  
De ver sus trenzas por el aire ufana.

Ya por los altos muros que el estruendo  
Mas que la ofensa amenazó la frente,  
Algun marcial insulto previniendo,  
Velaba atenta la turbada gente;  
Y con la hermosa luz, que descogiendo  
Su manto el día, despertó el Oriente,  
El daño escucha, advierte la fatiga  
Que á mas asombro que la guerra obliga.

«¿Qué aguardas, generoso caballero,  
Dijo á Refaer Aruico el Fuerte, cuando  
Se muestra el cielo tu mejor guerrero,  
Y están por tí sus armas peleando?  
¿Quién vió jamás que con asalto fiero  
Sebeto humilde baje desatando  
Montes de hielos, donde apenas bebe  
La seca orilla en su cristal la nieve?»

»Prodigios grandes, memorables casos,  
No sin cuidado los dispensa el cielo;  
No son comunes, no, tales fracasos,  
Ni verse Soma coronar de hielo,  
Ni el río pobre, que con lentos pasos  
Apenas lava el conocido suelo,  
Trocar soberbio en rústicos bramidos  
Lo que era adulación de los sentidos.

»Aun no sus gentes en quietud se alojan,  
Si ves las tiendas por el agua errantes,  
Y ya el remanso sin parar despojan,  
Con menos miedo que bebieron antes.  
¿Por qué á vencer á Alfonso no se arrojan  
Tus lises, tus caballos, tus infantiles,  
Y será, pues lo muestra el cielo amigo,  
En ti vitoria, lo que en él castigo?»

«Vamos, responde el animoso franco;  
Muera la gente indómica española,  
Salga el blason de mis mayores blanco,  
Arme su gente Aruico y Continola.  
Llegóse el día que de Italia arranco  
Esta nación, que peregrina y sola,  
No hay armas ni defensa que le estorbe  
Querer pisar los límites de el orbe.»

Con cajas sordas, con trompetas mudas,  
Por la encubierta entrada desplegaron  
Sus armas, que á las márgenes desnudas  
Con segunda creciente amenazaron.  
No bajan tan espesas y menudas  
Las piedras, que su nube desataron,  
Como despiden con igual ruina  
De astadas armas nube repentina.

No halló en descuido al hijo de Fernando,  
Que diestramente tuvo prevenida  
Como prudente capitán, juzgando  
La forzosa ocasión de la salida.  
Ya en las humildes aguas peleando  
Por una y otra parte embravecida  
Andaba la contienda, y por los vientos  
Sonaban los fatales instrumentos.

Juzgando de su parte la fortuna,  
Con tal furor embisten los cercados,  
Que la presteza igualan importuna  
Del viento entre los troncos despojados.  
Hallar no piensa resistencia alguna  
En armas, en caballos y en soldados,  
Con vanas y soberbias presunciones  
Aquel mezclado vulgo de naciones.

La muda tierra fatigada gime,  
Y hollada en torno con temor se encoge;  
El aire vago herido se comprime,  
Y en él sus voces con furor descege;  
Las armas suenan y el acero imprime  
Su filo ardiente; el humo se recoge,  
Y en su fingida noche las centellas,  
Brillando nacen para ser estrellas.

-22